

## La Asociación a la letra

(Traducción: Aída Sotelo Céspedes)

Por segunda vez tomo mi estilógrafo con la idea de continuar mi reflexión, esta vez sobre la cuestión de la asociación. [...] Sería de mal gusto evadir hacer la crítica, el examen y el elogio, de esta cosa rara que fabricamos en tanto uno adhiere a ella, que imponemos de entrada en tanto la buscamos siempre. No creo -es lo que diré en primer lugar-, que logre uno escapar como analista, incluso (¿y sobre todo?) cuando se es «*free lance*», ya sea de facto o por elección que uno se encuentre reducido a eso o que se plantee como tal.

Comienzo por este señalamiento no solamente porque hay muchos analistas, posiblemente cada vez más y más, que sin tener recomendaciones de un grupo cualquiera, se lanzan fuera o incluso contra, sino también porque el analista es un tipo bizarro de «*self-made man*» (Lacan lo decía de sí mismo en todo caso); lo cual el grupo debe recibir y acoger, mejor aún favorecer, y sin duda no oponerse a ello como tampoco convertirlo en el patrón de referencia, la medida de garantía, el lugar o la instancia de autorización. *Self-made man*, ciertamente no al modo capitalista, «narcínico» por esencia, sino de manera congruente con el discurso analítico (o

discurso del analista) que hace lugar antes que todo al analista, a lo que hay allí «del analista»: no a tal o cual tipo de analista, sino al analista de todo género (incluso malo ¿por qué no? ¿No era ese el caso de Freud: «burgués formal de Viena» particularmente perturbador, y de Lacan: mezcla de dandy surrealista y de tití parisino?); el analista como posibilidad y contingencia, «posibilidad de una isla» (Houellebecq) y contingencia de un «archipiélago» (Glissant); el analista, quien no se autoriza sino por sí mismo... y por algunos otros. Si pensáramos la asociación no como empresa de fabricación de analistas (fábrica, universidad, tribunal de los milagros o escuela) sino como lugar de abrigo y base de operaciones para el psicoanálisis y sus agentes dobles (no hay jamás sino agentes dobles, como lo dice Lacan en *El reverso del psicoanálisis*), dicho de otro modo, para un trabajo colectivo y una obra en común de analistas que no se sostendría sino como «*free lances*» en lugar de plantearse en relaciones de poder y de competencia, en relaciones de dominación y de condescendencia (con el cortejo de miedo e intimidación, de chantaje y de servidumbre voluntaria que la acompaña), si se construyera la asociación de esta manera, entonces tendríamos algunas oportunidades de obtener una organización al fin digna del psicoanálisis y del pase, partiendo de ahí para hacer escuela.

Se trata claro está, de reagrupar una suma de «free lances» en un conjunto «neutro» o imparcial. Creo también que eso daría una idea y un prototipo de lo que es de hecho (y no sólo de derecho o a título de ideal) una relación interhumana como tal, un lazo social humano en tanto tal (entre oxímoron -¿existe eso?- y tautología -¿existe otra susceptible de conservar, mantener y prolongar la humanidad y la relación con la sustancia humana?). Si es el caso, uno imagina fácilmente que tal asociación no quedará sin efectos más allá de sí misma, mostrando así la utilidad pública del psicoanálisis: sin ruido ni furor, sin publicidad ni «comunicación» (esta idea bien propia, según Lacan, nos hace reír: por mi parte, incorregible en mis búsquedas de retruécanos, estimo que «comunicar» es joder lo común, lo que demuestran ampliamente los estragos de los ideales pretendidamente «democráticos» de la transparencia, sobre todo cuando son lanzados desde las industrias y de los comercios de la vigilancia y del aseguramiento).

Claro está, no faltará quien objete que eso deja la puerta abierta a la charlatanería, a la impostura, a la estafa: cualquiera, sin importar quien podría autorizarse como analista, ¡qué escándalo! Conocemos la respuesta de Lacan: para autorizarse a sí mismo, no hay sino el analista como tal. Ahora bien, eso no se decreta, eso se demuestra. Eso

no se prueba (las pruebas fatigan la verdad, incluso es su único mérito y su último límite, que también son las del concepto mismo, en todo su alcance y su palmo); eso se experimenta y se pone a prueba de: (el trauma, el encuentro, lo femenino, la creación, la obra y el acto).

No hay peor charlatanería que la de recusar aquella de la palabra (el charlatán, del italiano es el hablador en su «habladura»)? No hay peor impostura que la de desconocer aquella del lenguaje (que no asegura ninguna posición pero requiere la que consiste en adueñarse de él, en ataviarse de él, en separarse de él)? No hay peor estafa que aquella que ignora el discurso (¿No evocó Lacan «la estafa psicoanalítica»)? Autorizarse de sí-mismo implica haber sido advertido de todo eso y estar advertido de las consecuencias. Para quien habla antes de que eso sea una cuestión que va desde el bla-bla-bla (del «chateo») hasta el decir, para aquel que toma la palabra hablar en su propio nombre implica «plasmarse ahí» y «poner allí algo de sí»; sin lo cual el uso del lenguaje sería pura mecánica (molino de palabras) y gracias a lo cual toda entrada en el lenguaje es ya creación y todo empleo de la palabra es de entrada poética (en cada hombre hay un poeta); sin lo cual la adhesión a un discurso sería pura y simple determinación, anatomía de un destino -si oso decir- entonces para cada uno

es lícito señalar los discursos en ejercicio a los cuales se refiere y adhiere a su estilo, por no decir “a su signo”.

En lo que concierne al analista sabemos -desde Freud y con Lacan- que él debe pagar con su persona, con sus palabras, con su juicio más íntimo, lo que no está asegurado en nada ni por el lenguaje, ni por la palabra, ni por el discurso en sí mismos, sino más bien en la relación, reconocida, comprometida, asumida y consentida, de cada uno... con el lenguaje, con la palabra, con el discurso (que se habite, que se tome, del cual uno se sostiene). Si la asociación no se inclina delante de este margen que exige y que guarda el «autorizarse a sí mismo», si por el contrario la asociación se acartona en nombre de una ortodoxia o de una *doxa*, cualquiera que sea, si no preserva hasta el fondo la separación «herética» sobre la cual el psicoanálisis demanda el esfuerzo de cada cual que deviene analizante y luego analizado, o con mayor razón que vire desde allí al analista, entonces la dicha asociación yerra su fin, falta a sus tareas.

Puede ser más grave aún, ella puede hacerse relevo o instrumento de las peores sumisiones, de las más viles servidumbres. ¿No subrayaba Lacan el peligro de que el análisis virara hacia el discurso pestilente, que está enteramente al servicio del discurso capitalista? No se trata de una amenaza en el

aire: sabemos bien lo que casi logra hacer la "awol" (*american way of life*) del psicoanálisis, y que le faltó muy poco para continuar (y... ¿¡si no hubiese estado Lacan!?). Nos equivocariamos al creer que estamos protegidos desde entonces y para siempre de tales humores (cuando, por ejemplo, ciertos analistas, en Italia o en otros sitios, alaban el rol que cumplen como consultores de esos gobiernos que no hacen especialmente honor a la democracia: la aventura de Bernaey, el sobrino de Freud, vertida a los Estados Unidos en publicidad y en propaganda política, continúa bajo otros cielos y con otras palabras-amo).

Entonces, únicamente ¿no habríamos elegido entre el riesgo del discurso pestilente y el riesgo de charlatanería? Más precisamente, no tendríamos más opción que afrontar, individual y colectivamente, el riesgo ineludible de la loca elección que hace el analista, por qué y por dónde se hace el analista. Y gracias al pase, sabemos que esa apuesta de compromiso, esa elección a efectuar son enteramente individuales y colectivas. De otra parte, debo corregir un poco esta última fórmula: esa elección y esa apuesta no son auténticamente individuales (personales) sino en la medida en que son absolutamente colectivas (sociales).

Como prueba de ello quiero exponer lo que creo comprender de ciertas disfunciones de los

jurados o de los carteles de pase: las respuestas de complacencia o al contrario malthusianas parecen provenir de decisiones precipitadas que no respetan el tiempo lógico y que, al mismo tiempo y a la vez, eluden las etapas y la constitución del colectivo. No diría entonces que la buena asociación es aquella que permite a la multiplicidad de los pases tener lugar y a la diversidad de los pasantes ser recibidos y acogidos; diría más bien que es la fortuna del pase y de los pasadores, de los pasantes y de los pases, y también de lo que hacen de ello a continuación los nombrados a. e., es eso lo que hace la asociación como tal, su pasado, su presente y su porvenir, así como las consecuencias que es capaz de tener sobre el mundo, para su época y, por qué no, sobre la historia. No hay medio de reducir la asociación a un cuadro de esos a llenar o mejor, a un decorado a habitar convenientemente.

Me encantaría tomar a la famosa «Inyección à Irma» como «inspiración» de la asociación freudiana, lo que no está tan mal, pero plantea problemas de todos modos. Ella da la fórmula definitiva: no hay otra palabra que la palabra (no hay más clave que la letra). Ella permite dar cuenta del sueño como fenómeno del inconsciente, abre el acceso a él y permite ordenar los elementos del sueño - notablemente los diferentes «personajes» que la hechizan, el trío de payasos, el trío de figuras

femeninas, etc.- finalmente cierne la angustia y confronta el horror con todas las consecuencias que eso comporta, este afrontamiento y esta travesía, en pro de la «solución» del deseo.

Bien podríamos ver allí una descripción (¿cómica? ¿trágica?) de la asociación analítica. Más generalmente, ella muestra, como nos lo enseñó Lacan, que es a partir de la entrada en el lenguaje, de la introducción (inyección, introyección!) de lo simbólico que se hace la articulación con lo imaginario y lo real (cada uno teniendo su consistencia y su dignidad). Es al retomar esta introducción-inyección-introyección que el analista, en y por la dirección de la cura, descubre cómo la experiencia puede ser llevada hasta el final, pero también que eso sea lo que la conduce a su término o a una sin salida es lo que lo orienta ya sea de un lado del ejercicio de un poder (influencia, persuasión, sugestión, hipnosis), ya sea en función de renuncia al poder (abandono de la hipnosis, manejo de la transferencia). RSI! Se encontrarán también aquí fácilmente ejemplos conocidos de funcionamientos de la institución analítica, tan numerosos como opuestos, tan diversos como antagónicos. En el fondo, tenemos ahí lo que Freud nos legó: un trozo de real, al fin de cuentas (posiblemente uno recuerda el círculo secreto y la distribución de anillos a cada uno de los miembros), un trozo de real



devenido Otro al final con su desaparición, y que hace ley mucho tiempo después. A riesgo de que el psicoanálisis se pierda en las recomendaciones de la medicina, en los mandamientos de la ciencia, en las normas y los modos de la Universidad, o peor aún en el oscurantismo de las psicoterapias.

No vacilamos en decir, más allá o más acá de nuestra admiración, nuestro reconocimiento y nuestra gratitud con Freud y Lacan: Freud porque inventó el psicoanálisis, Lacan porque nos mostró que no podíamos dejarla -en reserva de privilegio- a sus liquidadores, y que para eso era preciso, forjar un colectivo que sirviera de abrigo y de base para una reinvencción constante del psicoanálisis: ni cuartel triste ni fortaleza vacía, ni academia ronroneante ni fábrica de conceptos, ni secta ni casta, sino más bien, «abadía de Telémaco», abierta y lujosa (o sea que conoce el «saber alegre»). Entonces, creo que lo que ayudó a Lacan en ese sentido, es haber tomado en serio una fórmula freudiana que opone a la psicoterapia y al psicoanálisis: aquella procede y opera «*per via di porre*» (agregando, reagregando), mientras este opera «*per via di Levare*» (sacando, quitando).

Claramente se trata de una extracción en el análisis y más aún en el pase: extraer lo que está y queda en cada uno, de inolvidable, de irremplazable, en tanto profundamente singular (más allá y a través de lo original

finalmente reconocido, de lo bizarro por fin asumido, de lo extranjero al fin conocido y frecuentado). Extraer entonces el síntoma, es decir paradójicamente lo que es (o contiene, encubre, traza) lo más «asocial», o sea en todo 'cada uno proletario'. El análisis, la cura, es una práctica asocial (como lo decía Maud Mannoni) que releva y revela en el analizante lo que él tiene de más asocial y antisocial: ciertamente no para entretenerlo ni cultivarlo, no para reducirlo ni confinarlo a eso, sino para que perciba su magnitud, para que tome acto y responda de ello por sí mismo. El análisis lo devuelve a sus asuntos, grandes y pequeños, oscuros y turbios, para que termine mezclándose en ellos en lugar de delegarlos o de atribuirlos a otros.

El pase, de todos modos, es al menos lo que me parece, lleva las cosas un poco más lejos de ahí donde el análisis deja al analizante al final, como analizado, es decir libre y responsable, pero a quien resta aún, a quien no queda más que utilizar esta libertad adquirida y esta responsabilidad consentida. Dicho de otro modo, el pase dice y hace alguna cosa de esto asocial en cada uno, una vez admitido éste, ya no es más renegado, aceptado y ya no denegado, tratado y ahora no negado. Aún más, el pase es el pase de lo inhumano, o sea de lo que separa los seres humanos, y eso en un primer tiempo: es la afirmación del proletario. «No hay sino un síntoma social:

cada individuo es un proletario y no tiene ningún discurso del cual hacer lazo social, dicho de otro modo: semblante». Pero, en un segundo tiempo, el pase, es lo que se pone en su sitio, lo que se forja, se renueva, se inventa como lazo entre los separados, lo que hace que cada uno «quepa» entre sus semejantes, devenga y reste como «uno-entre-los-otros», claro está, pasando por su síntoma individual. Esta es la manera como teje y desbarata lo asocial en él, antes que librarse a o quejarse de él, de avalarse o abusar de él. Ahora, claro está que si construimos una asociación así, que parta (y que parta efectivamente) del síntoma social, para pasar por el síntoma individual, para desembocar en el sinthome, es claro que tendremos que hacer con otra asociación, una asociación siempre otra y en otro lugar que ahí donde se la espera de ordinario, es decir en realidad del lado (pendiente hacia la inercia, tendencia a no hacer nada, tentación de la destrucción y de la autodestrucción, tentativa de poder) de la institución pura y dura, o sea liberada de la asociación, con sus vueltas y sus revueltas. ¿Asociación de proletarios?

Sin duda no, sino al contrario asociación que no recula ante el proletario (horda salvaje, tropa bárbara, masa de analfabetas), que no rechaza al proletario (miseria patológica y desgracia banal), que no recusa la voz del proletario (malestar y sin salida en la

civilización). Sin duda lo que digo aquí es extremadamente trivial (ya está en Freud e incluso antes, en Lacan aún después). No obstante, quién puede negar que la institución analítica (la institucionalización del análisis) no cesa de olvidar, o de desmentir, el origen, oscuro y sórdido del psicoanálisis, mientras que la asociación (el movimiento que tiende a mantener el análisis como obra común de utilidad pública) tiene las mayores dificultades para hacer valer que el psicoanálisis no es obediencia a una *doxa*, ni una misa de conformidad respecto a las normas, sino que procede de la elección loca del analista y de la apuesta que se arriesga a sostenerlo.

Esta es la razón por la cual pienso que no hay asociación sino libre, que no hay otra asociación que la muy freudiana asociación libre, de la cual sabemos que es casi una contradicción «*in adjecto*», un oxímoron (se dice una o uno... de repente ya no sé, pero en la ocasión preferiría que fuera femenino!). De una parte, la asociación libre no es sin otro ni sin Otro (de la transferencia a la pulsión... pasando por el inconsciente y la repetición: la transferencia, suposición del Otro; la pulsión, en la demanda y el deseo de y por el Otro; la repetición y el otro lo mismo; el inconsciente y la Otra escena). Al mismo tiempo, la asociación libre no es sin objeción hecha al Otro ni sin protesta del sujeto. En

efecto, la asociación libre moviliza defensas y resistencias, antes que contribuir a levantarlas o a vencerlas.

Más generalmente, el psicoanálisis también está en defensa de los desprotegidos (no ignora el desamparo humano, no desprecia los bajos fondos, llama al proletario y lo despierta en cada uno para velar por él), y de otro lado, como dice Freud mismo, el psicoanálisis es como una mujer, debe comenzar resistiéndose. Vemos que la asociación libre, en el sentido más freudiano del término es de entrada una paradoja: ella no es sin obligación ni va sin «disociación». Se puede pensar que esta obligación es una exigencia que releva de la lógica, como es la libertad misma después de todo (pues como tal, incluye la «libertad de burlarse», riesgo de locura de una parte y de otra parte alegría del deseo, felicidad de la invención, no tiene nada que ver con «el discurso delirante de la libertad»). Se puede pensar también que esta «disociación» se despliega no como ruptura (esa de la que el discurso capitalista está tan ávido, pues odia a la sociedad y no quiere conocer sino individuos) sino en el movimiento de alienación - separación (y retorno). Esta disociación es (acción «positiva», si oso decir, de lo asocial y de lo antisocial), a plantear tanto en el momento de la fundación como en el de la disolución. Sin embargo - espero regresar a esto-, no se trata de una

disociación con lo que rodea (y cierne) la asociación sino de aquella que se activa o que es a activar de entrada y desde ahora, más aún siempre, entre los mismos miembros de la asociación, en cada etapa de la asociación, como condición misma de esta y no como lo que la contraviene (guerra, civil o no, lucha de lugares, competencia por el poder).

Puesto que, y tanto peor si es una perogrullada, ya que al menos muy pocos hacen allí, no se puede ligar sino lo que está separado (no puede buscar y lograr ser solidario sino aquel que se experimenta y se sabe solitario). Así, el individuo no se opone al colectivo, ni recíprocamente: salvo al confundir el colectivo con tal o tal colectivización (y el capitalismo es el primer campeón en la materia), que es el hecho de una dominación y de una explotación, de un poder y de sus abusos; salvo de asimilar al individuo al «calculador egoísta» (rentista, accionista, y más ampliamente practicante de la ideología de la libre empresa, de la cual sabemos qué pensaba Lacan!). Voy a volver a esto, pero para nosotros no hay uno sin el otro, no hay cojera del conjunto sin la claudicación del uno o del otro, ningún cojear que no solicite una corrección del uno y del otro.

Concerniendo de modo general al grupo social y más particularmente la constitución de la asociación, es claro que de Freud a Lacan hay

pues un viraje: que Freud negocia, comienza, compromete y al que Lacan acaba trazándole una nueva vía. Eso que el uno comienza, el otro lo prosigue pero siguiendo la pendiente, el «*clinamen*» que comportaba ya al inicio y que contiene aún. Digo esto porque estoy convencido de que debemos desarrollar el psicoanálisis contra Freud y Lacan, apoyado en nosotros y también dirigiéndonos contra ellos, en la ocasión: no por el placer de contradecirlos, lo que no tiene ningún interés (en ese caso, vale más volverse hacia las alegrías de la existencia y los goces de la vida, del arte a la ciencia hasta las suavidades de lo cotidiano, y en mi espíritu eso no tiene nada de peyorativo, lejos de eso, prefiero eso, y con mucho, a la política del desprecio o de la condescendencia de ciertos filósofos e intelectuales hacia el psicoanálisis), pero para jugar a la contradicción o hacerla jugar.

En todo caso, (en el sentido noble) sólo se puede criticar a Freud o Lacan o a los dos, sino con Freud y con Lacan. En efecto, no veo bien lo que significaría la transmisión del psicoanálisis o la creación de asociaciones para ese efecto, si lo único que se pretendiera retener fuera el último estado de la doctrina y las novedades más recientes (para no decir las «modas») de la práctica, como se lo hace por el contrario, alabándose en el discurso de la ciencia. Estamos

condenados a reinventar el psicoanálisis de nuestro tiempo, es decir en la ajustándolo, obligándolo a ajustarse a nuestra época, como a su turno lo hicieron Freud y Lacan (el primero y el segundo). Entonces, practicamos el psicoanálisis hablamos de psicoanálisis, evocamos el fenómeno analítico con y contra Freud y Lacan.

Este largo preámbulo porque, incluso si es cierto que la asociación psicoanalítica puesta en plaza alrededor de Freud (¿más bien por él?) ha trabajado finalmente al encuentro del psicoanálisis, no es menos cierto que la doctrina freudiana comprende otros recursos distintos a las concepciones que inspiraron el establecimiento de la Internacional, recursos antagonistas con las teorías que guían su política. Pues sus concepciones y sus teorías, más que del psicoanálisis, relevarían más bien, a lo mejor, de la Iglesia y del ejército (teología y disciplina), de la Universidad y de la academia de medicina y de las ciencias sociales morales y políticas. Todavía hay que agregar que es en el mejor de los casos y no sin alguna ceguera, pues esta institución tendría todo por ganar de reconocer, de asumir y de aclarar esclarecer sus afiliaciones, lo que está lejos de hacer.

Se pueden evocar aquí los trabajos de Pierre Legendre, que apuntan a la institución moderna europea y que tocan (¿de muerte? o ¿para un



renacimiento?) numerosos ejemplos de instituciones, comprendidas las psicoanalíticas, aquellas de las que nosotros éramos o somos miembros aún o próximos. De hecho, rehusando explicitar esas referencias ya dudosas pero que servían aún de último bastión del psicoanálisis, la llamada Internacional cayó por entero en la *awol* (*american way of life*) y en la ideología de la libre empresa, poderosa, y dando también, su garantía al lado del liberalismo, ni más ni menos que al servicio del capitalismo. Ese sistema económico y político, y esta ideología o ese discurso que no conocen sino la religión del beneficio y que no tienen como moral ética sino la racionalización (la «modernización», la reforma) de la explotación del hombre por el hombre. Entonces, pretendo, mantengo y afirmo que el psicoanálisis no es una consecuencia, una deducción, una recaída del capitalismo, sino todo lo contrario una alternativa al discurso capitalista, y eso desde sus inicios: o el capitalismo o el psicoanálisis, hay que escoger. El capitalismo, empresa de deshumanización; el psicoanálisis, inventado en el momento en que la relación con la sustancia humana estaba en peligro (Lacan).

El capitalismo que en toda su historia, afecta no solamente a las civilizaciones sino sobre todo al proceso de civilización, que se vierte no solamente a las culturas sino sobre todo al

proceso cultural que se desarrolla y se despliega por encima de la humanidad (Freud), que ataca no solamente a las sociedades sino ante todo a los procesos sociales (relaciones y lazos) que permiten «vivir juntos». El psicoanálisis, es cierto, cuestiona la civilización (es «enemigo de la civilización», dice Freud) pero en tanto sistema coagulado, la cultura en tanto voluntad de empresa, la sociedad pero en tanto orden mortífero y norma mortificante: en revancha sostiene los procesos que los animan y los activan, al más cercano del malestar y del impasse, sin ignorar la lucha y la contradicción, con conocimiento de causa del conflicto y de la división. Dicho de otro modo y para resumir, desde sus inicios, el psicoanálisis (y Freud no cesa de volver a eso) no teme oponer el individuo y la sociedad: no para colocar de primero (y farolear!) al individuo sobre la sociedad, tal como teoriza la psicología con el liberalismo, y como lo practica a ultranza el capitalismo, paradójicamente con la ayuda del Estado (no el Estado providencia sino el de los poderes de regalía); no en absoluto, tampoco para ser el primero (y cometer novatadas) la sociedad sobre el individuo, al instar de la sociología y sin duda también de la religión. Freud no disocia jamás lo personal de lo social, lo individual de lo colectivo.

La lista de textos explícitos en ese sentido es impresionante: desde «El esquema...», que correlaciona la puesta en lugar del aparato psíquico con la relación del «Otro prehistórico» y al prójimo («Nebenmensch»), hasta el extraño escrito sobre el presidente Wilson, que se aplica a reencontrar la decisión por la cual el célebre presidente a la vez inaugura su degradación y su decadencia, y por otro lado precipita la conclusión del famoso tratado de Versalles, a las consecuencias nefastas para Europa, para el mundo y la civilización. Y, de *Tótem et tabú* al *Hombre Moisés*, sin hablar de *Malestar...* y de *El porvenir...*, no se cuenten ya los pasajes de la obra de Freud donde solidariza, ver homogeniza, los pasos dados, o perdidos, por los individuos y la invención, o al contrario la degeneración, de colectivos diversos, religiosos, políticos, científicos, artísticos (sin olvidar aquellos que el *Edipo* y la castración llevan a considerar no ciertamente como modelos, ideales o arquetipos, sino como prototipo, del lado de la familia). Ahora, ahí donde se repara, bastante fácilmente me parece, así que prepara el viraje del cual he hablado (menos de Freud a Lacan que del psicoanálisis al psicoanálisis... por el pase), es ahí donde Freud sitúa el límite de la oposición individuo-sociedad, no el fin de la contradicción, de la lucha, de la división, de la tensión, pero el momento en el que ellas se

acaban o más bien reciben el último toque: no para desaparecer, y borrarse, sino para tocar, y extraer, un núcleo duro, no dialectizable el fondo, del cual parece evidente que constituirá el resorte, el motor, la causa (punto de apoyo y palanca) de una nueva partida. Es en el texto sobre «La psicología colectiva y el análisis del yo» que hay este hallazgo. Sabemos que Freud da allí cuenta de la masa convencional (Iglesia, ejército, sociedad de sabios, escuela...) por los juegos del amor y de la identificación, que rigen las relaciones de pares entre ellas bajo la égida del jefe (¿sustituto del padre?) y que así ubica en rangos a los miembros y al conjunto y les pone a marcar el paso. Pero Freud agrega que siempre hay tanto o más que en derecho, la posibilidad de escapar a la influencia de la masa, a esta persuasión y a esta sugestión (que puede ir hasta el extremo de la hipnosis), tomando apoyo (ya sea voluntariamente o involuntariamente, de manera deliberada o, en cierta forma, à título de acto fallido) sobre todo lo que resiste a esas relaciones coaguladas, sobre todo lo que contribuye a disolver el cimiento social más o menos hipnótico.

¿De qué se trata? Dudamos un poco, pero esta puesta en serie muestra que la doctrina freudiana («la psicología individual es de entrada social»), a pesar o a causa de su aspecto básico, no obstante las apariencias,

es todo excepto simplona. Cuál es esta serie, cuales las ocurrencias que cuestionan tanto las relaciones sociales fijos como las ficciones del individuo aislado (las robinsonadas), y que ponen mal también, ahí a despecho de las apariencias, las concepciones psicologistas (primado del individuo) y las concepciones sociologistas (primado de la sociedad) ? Lo que descompleta la masa, rompe las convenciones, lo que baja la sugestión, eso que frecuentemente es considerado como inútil, fútil gratuito (a justo título para algunos y se comprende desde allí para quienes): es la neurosis, es el síntoma, y es el amor de una mujer. Es así como queda dicho todo de lo que puede a la vez dedicarse a lo social como relación prescrita, que innova y que refrena, y fundar un lazo social que hace sus derechos, que hace justicia a lo que está oprimido y coartado, reprimido. Pues es bien desde entonces la única vía para salir de la sin salida, la única salida a forjar, a forzar para sobrepasar el aislamiento individualista y el colectivismo totalitario. En efecto, sería erróneo pensar que lo que vale al individuo ser rechazado, puesto aparte, al margen de la sociedad, le condena también a que él deba rehusar toda relación con sus semejantes, lo obliga a recusar toda relación con sus congéneres, ver le condena a rechazar todo lazo con la comunidad humana. La verdad sería incluso lo contrario.

Al respecto, incluso la posición trágica más notoria, la postura romántica más resuelta contradice ese prejuicio: de la tragedia antigua al romanticismo moderno, y de otro lado más acá como más allá, todo muestra que le síntoma siempre, alrededor de él y más lejos a veces, perturba y alarma, inquieta y provoca. Ciertamente, la neurosis, el síntoma son formaciones asociales, pero quien está afectado por ellos y se hace su soporte, no cesa de hacerse reconocer en y por la sociedad, así sea a pesar de ellos, con ellos, cuando no es a causa de ellos: llega a veces incluso a interesarse en los otros para tener ocasión de implicarles en eso. En cuanto al amor de una mujer, jamás deja mucho tiempo sin preocupar, desordenar y cambiar el entorno próximo o lejano (¡incluso la humanidad y el mundo entero -si creemos lo que dice Lacan, a propósito del matrimonio-, en el libro II de su Seminario!).

Eso que se puede decir al inicio, es que sin ninguna duda neurosis, síntoma y amor son sólidas razones para salir de la masa convencional, sustraerse de la masa anónima, ver (según la fórmula y el querer de Kafka) dejar el rango de los asesinos. En revancha, en contrapartida y en retorno, la neurosis obliga a la sociedad à tomar acto incluso de aquello que no obstante ella reprime encarnizadamente. El síntoma (y el amor) fuerza(n) la comunidad a hacer sus derechos, a

hacer justicia a lo mismo que le escapa, que eventualmente reprueba, que ella no puede ni integrar ni resolver, ni disolver; y que más es, cómo negar que la humanidad -¡hoy más que nunca!-, la humanidad como tal (especie y sustancia) en debe rendir cuentas de ello (¿no contar ya sino?) con el amor (como con el síntoma) para su subsistencia y su supervivencia.

¿Pueden imaginarse especialmente respuestas más ajustadas y más dignas que el síntoma y el amor al campo de concentración, restringido o generalizado, a la Shoah como al capitalismo? En todo caso es lo que dice Imre Kertész del amor con relación a la Shoah. Fui llevado a creer ese testimonio mayor, que nos ha pasado algo de la experiencia del campo de exterminio y algo sobre esa necesidad -tanto de los supervivientes como para aquellos que vienen después de Auschwitz- de responder, de ponerse y estar a la altura del acontecimiento para impedir su retorno, lo que no está ni jugado ni ganado, estamos lejos de ello. Como hay una resistencia a Auschwitz y al retorno de Auschwitz, a la dominación y a la expansión del capitalismo, a todas las culturas, puras y duras, de la pulsión de muerte y a todas las empresas, sistemáticas y deliberadas de explotación del hombre por el hombre, es imposible que no exista un lazo social, así fuese a título de esbozo o a guisa de residuo, susceptible de contener y de activar la

neurosis, el síntoma y el amor. La especie humana, en tanto se mantenga y sobreviva (¿hasta cuando?), de hecho el más grande caso, incluso si es verdad que es para lo mejor como para lo peor: por el contrario está claro que, cuando ella los niega o los reniega, no es jamás sino por lo peor. De golpe, y es eso lo que nos interesa, para la asociación psicoanalítica entre otras cosas, podemos decir que la constitución misma del lazo social, es su creación continua: no de fundación propiamente dicha del lazo social sin su invención constante. El lazo social tal cual es su renovación misma, permanente: deseo indestructible, síntoma ineliminable, constancia de la pulsión. A la asociación psicoanalítica de no demeritar ni decaer de ese empuje-al-lazo y de este empuje del lazo que entretiene ya y de entrada la neurosis, el síntoma y el amor. Todavía hay que considerarles como esas enfermedades, inhumanas pero que hacen existir al sujeto, es decir por lo cual solamente hay sus opciones de se estar presente y a sí-mismo al mundo y al otro.

Está ahí lo que Lacan desplegará en su enseñanza hasta la teoría de los discursos: las futilidades que no nos traen más acá de las utilidades, sino al contrario, nos portan más allá; el goce, como lo que no sirve de nada, ahí donde se plantea, al lado o en sus de la utilidad de lo útil que trae tan



frecuentemente a la pasión de las vanidades, la cuestión de la utilidad de lo inútil que hace saber el gusto de la gratuidad. Nueva versión del pasaje de las ganas a la gratitud, para retomar los términos de Mélanie Klein. Ya está allí lo que lo cambia todo, al mismo tiempo en la concepción de la asociación: una concepción que no asimila ya la ley de los hombres al superyo feroz y obsceno (a la institución horda salvaje, tribu bárbara!), pero que toma hecho y causa con la relación de la ley, la ley interhumana, al deseo, humano e inhumano. Prioridad entonces no a la concurrencia, ver a la lucha a muerte, bajo el alto patronato de la institución y de su superyo, pero a la coexistencia pacífica, a la cohabitación voluntaria, a la colocación consentida de los deseos en la asociación, gracias al síntoma y a la gracia del síntoma. Hago ahí, sin duda, una lectura muy personal de Freud, de Lacan, del pasaje del uno al otro. Sin embargo, es falsa, idealista o irrealista, y extranjera al psicoanálisis? No lo creo.

En las fallas indicadas por Freud y Lacan, busco lo que dé razón del psicoanálisis, y luego a través de él, más allá, lo que rinde cuenta de eso que preserva y reconduce la relación con la sustancia humana, una relación de medida, de «concernimiento», de identificación. Pues hice la hipótesis de que es ahí, y solamente ahí, que la asociación

psicoanalítica tiene su razón de ser y sus raíces, que puede encontrar sus bases y tomar su punto de partida. Freud traza el esquema, probablemente más en su invención y su obra que en su asociación. Lacan, da las coordenadas, un poco más, o en todo caso tanto como aparece en sus actos -escisión, excomunión, fundación, disolución- como en su escuela propiamente dicha.

Me impactó la cantidad de textos de Lacan que liga explícitamente el sujeto y lo social (para emplear un término vago pero genérico, que no diferencie aún sin embargo relación y lazo, sin hablar del discurso y del fuera- de- discurso), sin olvidar de más que no hay textos de él, no siquiera los más clínicos o los más lógicos, que no evoquen esta cuestión aquí y allá, por alusiones rápidas, puntuaciones irónicas o críticas, etc. No haré un relato exhaustivo, pero la lista es impresionante, desde los escritos más precoces hasta los más tardíos. En los escritos o textos, cuento las retranscripciones de los seminarios, que es cierto, son más del orden de lo oral. Comienza con la cuestión del tiempo lógico pero también la intervención sobre la psiquiatría inglesa en la guerra. Continúa con lo que Lacan llama sus «antecedentes». Va a desembocar más que a terminarse en la formidable construcción sobre los discursos (que uno puede llamar «pomposos» de Foucault, cercano a esto que interesa en

los diferentes regímenes de la verdad - ¡regímenes adelgazantes, si oso decir!-, mientras que Lacan apunta al tratamiento del goce, por qué no hay ni termodinámica ni economía sino simplemente una aproximación en términos lógicos, la lógica y siendo continuada como ciencia de lo real).

Hay sin duda que agregar lo que ha trazado al síntoma-sinthome (y a los nudos), pero eso es un trabajo que nos espera, incluso si Lacan hizo más que esbozarlo, especialmente con sus conferencias sobre la religión, el discurso capitalista, el discurso analítico, y sin duda otros (particularmente la «Proposición de octubre»: eso suena un poco como... -¿lo haría a drede?- como la “revolución de octubre”). Ahora, todos esos pasajes deberían inspirarnos, inquietarnos, interrogarnos, cuestionarnos... y forzarnos a inventar otra asociación, siempre, otra asociación. ¿Otra distinta a cuál? Otra distinta a todo lo que está dentro de las convenciones y que, antes de ir hacia su propia muerte y desaparición, conduce a la muerte del deseo y a la transparencia del síntoma (transparencia del síntoma, es lo que Bruno había propuesto para calificar lo que golpea la [o de] debilidad, y creo conviene aquí). Es lo propio del fenómeno de institucionalización, cuando el movimiento de la asociación no alcanza ya a coger el paso, a primar.

Voy a ser rápido y caricaturesco en lo que concierne a los recursos de doctrina que la enseñanza de Lacan nos libra y que se aplican a la asociación. El texto sobre el tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada es también un escrito sobre el funcionamiento del colectivo. El tiempo del sujeto que, siguiendo ciertas etapas (Freud decía: ver, juzgar, decidir, querer; Lacan propuso: ver, comprender, concluir), tomar la palabra (incluso callando), que toma posición (incluso sin moverse), que finalmente asume la tachadura sobre el Otro (incluso por la protesta), ese tiempo de sujeto entonces es indisociable de la función de la prisa que hacer apertura *a* y *de* la acción de la causa (nada que ver con la precipitación que presiona a seguir un estándar, a conformarse a una norma, a fijarse a un ideal).

Luego, esta toma del sujeto y esta apertura sobre la causa son concomitantes, coextensivas de la constitución del colectivo, no en tanto este impondría su marcha al individuo sino más bien en tanto dependería del paso que haga cada individuo (y de la forma en que lo haga) a la vez sin esperar que otros se lo dicten o lo hagan por él y prestándose a que los otros pudiesen contar con él haciendo su hueco y tomando su parte (comprendida la manera en la cual allí es tomado, fracasa). Se trata allí, no de un modelo ideal sino del resorte real de lo social que la institución o la masa

convencional logran más o menos ocultar y disimular detrás de la pantalla de los ideales, de los valores, de las normas y de los estándares. Pero hay que reflexionar en el hecho de que ninguna formación social, incluida la peor, puede pasar sin ese núcleo activo. La asociación psicoanalítica debería atender sus asuntos en lugar de fiarse de las formas jurídicas, universitarias, ver científicos (cuando no son religiosas o militares!).

Sigamos. El texto sobre la psiquiatría inglesa hace valer la importancia y la eficacia del grupo sin jefe, grupo de pares, contradiciendo la ideología común que cantaleta (y cercena el deseo) sin cesar la fórmula que quiere que haya siempre un patrón, sin el cual es el caos. «Necesitamos un jefe, no podemos nada sin eso», «ustedes quieren un amo, lo tendrán». Hay que agregar también que lo esencial es no tanto deshacerse del jefe (eso alivia solamente un tiempo) sino la existencia de una tarea o de una obra común de la cual cada uno toma su parte. Inútil decir, pero puede ser que vaya mejor diciendo, que es un punto decisivo para una asociación en el sentido estricto: una autoridad, que es menos detenida por tal o cual sobre los otros que reconoce por todos y cada uno para fundar lo que se ha hecho juntos y cada uno; una responsabilidad que fracasa igualmente a cada uno, y que no es el hecho de una culpabilidad,

ni de una deuda (ya sea lo que impulsaría a reparar, ya sea lo que uno estaría contento de pagarse), pero que se devuelve a cada uno sin excepción, ahí donde él se sabe y se reconoce «culpable de lo real» (Lacan).

¿Para nosotros, la autoridad es Freud o Lacan? Estaría bien y en todo caso mucho mejor que los pequeños amos, los «centimaîtres<sup>1</sup>» o contramaestres como yo los llamo -¿por qué ocultarlo?, ¿habemos conocido algunos!- (los senti-amos, esos que se sienten y son sentidos como tales). Entre nosotros, en la asociación, en eso se ha hecho un avance, que hace peso, que se conoce más que otros, es cierto. Pero me parece que son tanto más apreciables y estimables y respetables (incluso amables) en tanto no se plantean como «hacedores» de autoridad o en autoridades incontestables, sino más bien como pasadores, guardas, por qué no conserjes (bella ocasión de rehabilitar los conserjes!) que abren a lo que hace autoridad, que *les* y que *nos* desborda. Posiblemente fuerzo las cosas, no lo creo: tengo muchos nombres en mente, ciertamente hay otros, pero, en lo que a mí concierne, me parece que lo que hace realmente autoridad se debe menos a una personalidad que impone y se impone (incluso si, a fe mía, ello no es sin importancia ni despreciable) sino más bien a alguien verdadera y realmente alguien pero capaz de

---

<sup>1</sup> El término *centimaître* (“centi-amo”) es un juego de palabras homófono con *centimètre* (centímetro).

borrarse detrás de eso que hace autoridad, para hacer resurgir lo que hace autoridad (un decir inédito, suyo o de algún otro, pero que él extrae y hace valer).

Así, Freud y Lacan se borran y desaparecen («soy obstinado, desaparezco»: Lacan) para hacer avanzar al psicoanálisis, para dejar ir hacia adelante al psicoanálisis. Mejor, o peor, aún: creo firmemente que aquel del cual se dice -por tanto en mi opinión, en suma- que él hace autoridad, aquel tiene esta generosidad, tiene o hace ese don que consiste en animar a cada uno, a quien quiera, a «hacer autoridad» a su turno, en su lugar, a su manera, a su guisa. Aquel del cual se dice que hace autoridad -y que hace más bien de modo que la autoridad sea una autorización dada y no un poder ejercido o conquistado- al final vuelve a devenir cualquiera. Así como lo hizo Freud, cuando un periodista lo interroga, al final de su vida, sobre su orgullo de descubridor, de inventor, que tiene una obra en sus activos, y sobre la importancia de esto en la mirada que él tiene sobre sí mismo: Freud le responde que en ese momento eso es menos importante para él, como satisfacción, que el espectáculo de un árbol en flor desde la ventana. Sorprendente voyerista, como diría el otro! Ocúpese usted, en su momento, del psicoanálisis, y deje al anciano disfrutar de la belleza de las últimas primaveras que podrá ver. A mí, personalmente, me gusta Freud por

cosas como eso: hacer lo que uno tiene que hacer y dejar continuar a otros, para que estén a la altura. ¿Cuál es la alternativa a eso, si no es la toma y la conservación del poder, la detención del privilegio de las competencias, la convicción de hacer parte de las élites, la creencia en los valores y en la excelencia?

No es increíble que se llegue de allí al psicoanálisis, después de haber hecho un psicoanálisis (pero el psicoanálisis puede perderse, dice Freud), que en principio nos enseña la desgracia banal, el malestar en la civilización, el desamparo y el peligro - humanos, inhumanos, el sufrimiento de existir, de «saberse reducido a sus propios recursos »... y de hacer frente a esta indignidad de vivir, a esta vergüenza de vivir sin falsa modestia, sin cobardía, cierto, pero ciertamente sin arrogancia ni desprecio, notablemente para nuestros congéneres menos afortunados, sean o no nuestros compañeros de miseria. Si desarrollamos otro «arte de gobernar» -y ¿por qué no?-, será a condición de no olvidar la advertencia de Saint-Just: «Todas las artes han dado maravillas. El arte de gobernar no ha producido sino monstruos.» La apjl no se desempeña demasiado mal al respecto, pero hay que continuar en guardia dar el paso, la primicia a lo que hace autoridad, sobre lo que, por mi parte, me atrevo a llamar la canalla del poder (quiero decir que es preciso



absolutamente organizar la pérdida del poder, no sólo porque hay abusos de poder o usurpaciones del poder sino porque, en el fondo y fundamentalmente, el poder es abuso y usurpación, y que de otra parte, sea devuelto a lo simbólico no cambia nada, incluso lo agrava, si no ¿por qué el psicoanálisis, que es en eso el único radical y revolucionario, replantearía, de parte en parte, sobre la renuncia del analista al poder, a toda forma o manifestación del poder?).

Pienso que no es por nada que Lacan lanzó la fórmula shock «el psicoanálisis al mando de la política»: al mando de, es verdaderamente una ironía que no carece de sal ni de pimienta, como cuando Lacan (Encore, p. 88) indica: «Nosotros no somos [los analistas] ni siquiera semblante, no hacemos sino ocupar el lugar para hacer reinar allí al objeto a». Ni siquiera semblante, hacer reinar al objeto a: ni siquiera aquello de lo cual tenemos cierto aire (y el poder, es eso: ¡el arte de darse aires!), hacer reinar (sic) al objeto a (el residuo, lo peor), incluso hacer prevalecer al rico o al peor, sobre el monarca y el soberano. ¿Puede uno imaginar posición más radical? Si la asociación está por debajo de eso, quiere decir ¡que está por debajo de todo! Y eso se verifica. Tanto peor para los analistas que lo obligan. Pero no será sin estragos: para el psicoanálisis e incluso más allá, pues si el psicoanálisis está por lo

mejor, cuando decae lleva a lo peor y de la peor manera.

No podemos desinteresarnos de la irresponsabilidad de los unos ni del cinismo de los otros (de comenzar por los nuestros, eventualmente), pues los efectos y consecuencias se desarrollan mucho más allá de la institución analítica. Cuando se hace una oferta y no es sostenida, eso empuja a buscar compensaciones que no se encuentran sino en la vuelta forzada de los «dioses más oscuros». Por ejemplo, las fallas y compromisos del psicoanálisis, cediendo a las sirenas del discurso de la ciencia y al mismo tiempo a los mandatos feroces y obscenos del liberalismo y del discurso capitalista, todo eso no es por nada en el triunfo del cognitivismo y del comportamentalismo como también en los progresos de «la salud totalitaria» (Roland Gori), que reduce la salud a un capital a explotar, la medicina a un manejo de lo sanitario, la curación de los arreglos psicoterápicos.

Hay otros elementos (por las mismas razones puede-ser) que Lacan pone delante de los textos ya citados. En los antecedentes, a propósito de la locura y del crimen, como inherentes a la humanidad (especie y sustancia) y a la sociedad (grupo y relaciones), como concomitantes de la ley y del deseo (ley humana, deseo del hombre),

Lacan hace valer la libertad como eso de lo cual la locura es el riesgo y el límite, y respecto al loco, al criminal, a aquel que está extraviado en la galera social, el deber de «fraternidad discreta» que es aquel del analista, del cual debe dar ejemplo y mostrar la salida a sus contemporáneos.

Allí también, la asociación psicoanalítica debe ser un banco de ensayo, un terreno de pruebas (¡más bien «deportivas!»), posiblemente «*terra incognita*»: ni abrigo, ni cuartel, en un sentido lugar de asilo, pero eso no basta aún. Claro, ella no es una sociedad en miniatura o en reducción, la concretización de una utopía o el retorno a una edad de oro, ella tampoco es sociedad secreta o secta, grupo de élite o vanguardia, ella es más bien, como lo dije, el lugar y el momento (la ocasión, la coyuntura, el «cairos») de donde se extrae, para ponerles en función y a la obra, las razones de ser y la causa del colectivo. Encuentro divertido que, sin reprenderles tal cual a su cuenta, Lacan no recula delante de las palabras de orden de la divisa de la República (incluso hay que llamarla, la cosa pública, los asuntos públicos: la Cosa, tan privada e íntima como sea, es al final «extima» -al centro pero excluida-, ni privilegiada ni monopolio, no desplaza a los que sostienen del antiguo orden, aristocrático y monárquico, no desplaza a los que mantienen el orden nuevo, liberal y

capitalista, sino de la responsabilidad de cada uno y de todos, en y por «vivir juntos»).

La libertad, más allá del discurso delirante de la libertad, no sin locura como su riesgo y su límite (por tanto con la responsabilidad de cada uno en cuanto a su posición). La igualdad, mucho más lejos que los discursos sobre la paridad, que en lugar de fabricar tipos, clones, hace tiene a cada uno por único e incomparable, irremplazable e insustituible (no sin un deseo inédito que dé lugar al saber y al tratamiento de la singularidad). La fraternidad, pero no la que es el resorte de la segregación (somos todos hermanos, a excepción de esos que no hacen parte de la banda, de la coalición, de la conjura), sino aquella que proviene del discurso y va al lazo social (somos hermanos porque encontramos cada uno nuestra satisfacción en la realización de una obra común dónde nos reconocemos como humanos, dónde nos reenlazamos con la especie humana como tal, y por dónde nos inscribimos en la historia humana).

Es posible que hacer esa aproximación sea un poco fuerte, tanto peor. En todo caso, decir: libertad, igualdad, fraternidad, no es avanzar en las constataciones, en estados de facto, ni prescribe ideales (incluso si ha podido tomar su turno más de una vez), es antes de todo desmentir que el hecho humano (individual y social) sea un asunto de determinación et de

destino, para afirmar que es una cuestión de elección (que salva) y de decisión (a tomar), incluso si nadie ni nada puede dictarles ordenarles, ni preverles o predecirles. Entonces, quedando siempre con una parte de misterio, lo mismo que persiste la vida. Pues, de lo contrario de eso que pienso y de lo que quiere el hombre del común, que recusa lo imprevisible y rehúsa el encuentro, y como al contrario lo dice el poeta, René Char en la ocurrencia: «¿Cómo vivir sin lo desconocido delante de sí?» Ahí están justamente los que nos hacen tocar con el dedo al hombre de la verdad, al hombre de acción y notablemente el revolucionario, el creador de un estilo, sin olvidar al analista.

Freud y Lacan nos enseñaron a cernir y a nombrar las formas y los modos de este desconocido que es preciso tener delante de sí: el inconsciente, el Otro, la Cosa, el goce, la pulsión, el objeto, el síntoma, el sinthome. Evidentemente, no se trata de eliminar o de evacuar a este desconocido, sino, ahí dónde nos estrellamos, de interpretar, de limitar, de construir, de inventar. No es ya cuestión de plantear misterios sino de oponerle sarcasmo, desprecio o ignorancia. La asociación no es psicoanalítica sino si da a este desconocido la parte que le devuelve, si le da una oportunidad que le conviene: sea que como tal, procede de, y procede a una creación

individual y colectiva (pues más vale, tanto para la asociación en su conjunto como para cada uno de sus miembros, no «tomarse por», no creer, por tanto que lo que crea supera al creador, que no es tal sino consentir en ello). En ese dominio, los estándares y las variantes de la institución tipo (incluso bautizada escuela) no valen más que los estándares y las variantes de la cura tipo. Ni el poder de una solución general, ni la adición de soluciones particulares. De lo que es del orden de la pasión de la verdad (sabemos a qué lleva el imperio de lo puro, que no vale más que la empresa de lo peor) como de lo que releva de las variaciones narcisísticas (es decir el «narcinismo» propio de nuestra época), hay que preferir lo que vuelve a salir del campo de la «verdad» (verdad en la variedad, «diversel» o universal de la diversidad) del síntoma, del síntoma propiamente dicho al sinthome inédito, a lo inédito del síntoma.

No se si lograré decir todo lo que quisiera decir, voy a pasar algunos subrayados, más o menos arbitrariamente reunidos. Al inicio, Lacan, siguiendo y prolongando a Freud, muestra que el nacimiento, la efectuación del sujeto, como su realización, su satisfacción, pasa por (no puede ser sin) la relación con el Otro y sus metamorfosis: el Otro, el Otro tachado, el otro real (simplificado). Esos progresos, esos desarrollos dependen del

pasaje al discurso y del lazo social como circulación de los discursos. Esa es una razón para subrayar que la asociación no debe buscar ciertamente no apuntar a un «todo-analítico» de otro lado imposible (pero cuyo proyecto lleva a lo peor) sino un acceso un lazo social por el sesgo de los diferentes discursos en ejercicio. Incluso debido a que la asociación tiene por prototipo el discurso analítico, ella no debe (al contrario), pretender sustraerse de la circulación de los discursos. El desprecio, la condescendencia, la indiferencia, que a veces afecta los analistas por los discursos de la histérica, del amo, del universitario, que son tan mal recibidos como la mayor parte del tiempo se refuerzan la empresa y el imperio de esos discursos, su dominación, que incluso retardan el acontecimiento del discurso del analista en lugar de esta dominación.

El segundo reparo que justamente quería hacer, es que la emergencia del discurso del analista como tal depende de la existencia y del ejercicio previos de otros discursos, de la ronda de las cuales el discurso del analista no tiene que excluirse ni hacer excepción, puesto que es él que a la vez permite el pasaje de un discurso a otro y concluyen esa serie y ese recorrido. El lazo social es el conjunto de los discursos, lo que el discurso precedente ha dejado en sufrimiento. Comprendemos entonces que hay «siempre emerge

de algún modo el discurso analítico en el paso de un discurso a otro» (Lacan, Encore). Cada discurso tiene su razón, que tiene su límite. El cambio de discurso es un cambio de razón, que supone claro está, interesarse por lo que excede la razón dominante y tomar acto de ello. Es tan sorprendente que Lacan correlacione ese movimiento al amor, no esencialmente porque este sea sinrazón y locura (aunque!?) sino sobre todo porque el amor es el único susceptible de hacer un lugar a lo que no se sabe, es decir, que se ignora y principalmente a lo inhumano en lo humano.

Al respecto habría que interrogar a la suerte y la función debidas a lo femenino (y no solamente a las mujeres) en y por la asociación psicoanalítica. En todo caso, confieso francamente si sorpresa, mi perplejidad, mi confusión al escuchar poner en causa la transferencia y el amor, en el funcionamiento de la asociación. Como si fuera preciso desconfiar de aquella y denigrar de este. Pues relativizarlos, como ilusiones y engaños puros y simples en la asociación, no es mejor y es tan grave, como hacerlo para la cura misma: la transferencia no es sino aparentemente un mal matrimonio o error sobre la persona, el amor es siempre auténtico, «la verdad amor». ¿Cómo pueden los analistas ocultarse a ese «maravillarse de la transferencia» (Lacan) a la cual deben tanto si no todo? Cada discurso es una modalidad de



la transferencia y debe ser tenido por tal, lo mismo que cada transferencia reenvía o llama a tal o cual tipo de discurso, sea en una etapa, un momento en la circulación del discurso y la dinámico del lazo social.

Hay lugar a no confundir las manifestaciones de la transferencia, de las cuales no hay nada en que más insistir, y los usos de la transferencia en los cuales el analista y la asociación estarían muy mal inspirados al intentar redimirse; ellos que son los primeros responsables (tanto de la maniobra del analizante -o del asociado- como del mantenimiento del analista -o de la asociación- que valdría más no dejarlos virar hacia la manipulación). Hay por ejemplo fórmulas que me parecen falsas si no reprehensibles y que, por mi parte, desautorizo y repruebo claramente. Así: «no tenemos necesidad de amarnos para trabajar juntos!», o «el amor de la Escuela» (casi como mandamiento) . Para trabajar juntos, posiblemente no hay necesidad de amarse (aún faltaría ver eso desde más cerca), pero, en la asociación, ¿no se trata más que de trabajar conjuntamente? Volveré a esto.

En cuanto al amor de la Escuela, muy frecuentemente en detrimento de sus miembros (como el amor a Francia en detrimento de los Franceses y el amor a la humanidad en detrimento de lo humano), ¿no vuelve esto a

focalizarse sobre un líder, un jefe de fila, y todo se centra entonces en juegos de poder que ya no tienen nada que ver con el análisis?

Otro subrayado es que es cierto, que no hay amor sin odio («hainamoration»), y no hay asociación o de cooperación sin un fondo de rivalidad y de competencia. Pero el amor, la asociación, la cooperación no son negaciones o denegaciones del odio, de la rivalidad, de la competencia, más bien son su superación, su desbordamiento, su «*Aufhebung*». Al respecto se trata, por y en la asociación, de no plantear todo sobre el poder, sus arcanos y sus trucos (simplificándolo, el padre-la-ley en lugar de la ley del padre), sino al contrario sobre la organización de la pérdida del poder, con el objetivo de sustituir la autoridad y de reemplazar la sumisión al poder por el consentimiento de una autoridad. Es tanto como decir que se trata de contrarrestar los efectos de la segregación, que son el resultado más claro y más evidente de toda reunión que se hace bajo la égida del poder, allí donde la unidad se hace en una oposición común a lo extranjero, a lo excluido, a lo expulsado. Una sociedad que funciona en el poder, que marcha en virtud de lo Uno (por tanto en el S1, en la unión sagrada al significativo amo, más que al discurso del amo), tal sociedad rechaza lo extranjero como hostil (en el fondo ella ignora al prójimo).

En realidad, eso es el rechazo, masivo y exclusivo, como tal, que es la condición *sine qua non*, lo previo de toda sociedad del Uno (de lo Uno y del odio). Se hace entonces como si se pudiera suprimir en el grupo toda diferencia absoluta (si no todas las diferencias relativas), como si se debiera eliminar del grupo todo lo que es disímil, radicalmente otro, inidentificable, como si fuera preciso limpiar todo de lo impuro y cortar todo lo que desborda. Pero de hecho lo que quieren esas sociedades de lo Uno, lo que se quiere es resorber, fagocitar lo que no pueden ser resorbido, es intragable, y también quieren encontrar o forzar una medida común para todo lo que no obstante permanece inconmensurable (S --> y S1 // a). Lo que hay que pagar por esta voluntad de goce, ese voto de muerte, es siempre el precio más fuerte: la renuncia al deseo, el sacrificio del goce a los dioses oscuros (en nuestros días el beneficio el Capital, la explotación y el poder). Lo que estamos en derecho de esperar de la asociación psicoanalítica es que reponga el honor y en función lo inconmensurable, y que ponga al orden del día y en avance lo imposible.

También que allí se sepa que lo que permite constituir un grupo (formar un conjunto sin necesariamente cerrarlo) haciendo lazo (en el sentido de un vivir juntos, para una obra común), es cierto, un punto de exterioridad,

un punto de excepción, pero que no tiene forzosamente que ser «externalizado» ni encarnado (por un chivo expiatorio emisario o un objeto de sacrificio, que sea en un dios o un poder), un punto de exterioridad que debe restar ideal (en el sentido matemático) y vacío, incluso si son vivientes bien vivientes que lo ponen en acción y a la obra.

Anticipé en otros subrayados. Primero la distinción entre hacer grupo y hacer lazo, tan indispensables el uno como el otro. Hacer grupo, como he dicho, reenvía al conjunto que se forma y que puede no ser cerrado. Hacer lazo remite a lo común, al colectivo, allí donde se realiza una obra con la contribución o, mejor aún, la iniciativa de cada uno, de todo individuo, sin privilegio ni exclusión, según su paso que no es sin (efecto de, efecto sobre) el paso del otro. No creo que uno pueda deshacerse del grupo, «limpiar [la asociación] de las necesidades de grupo» (fórmula con relación a la cual mantengo algunas reservas). Pero es cierto que lo importante en el asunto es dar el paso al lazo social tal cual sobre la formación del grupo. Yo plantearía incluso que lo que impulsa a hacer grupo es un síntoma social: «No hay sino un síntoma social: cada individuo es un proletario, es decir no hay ningún discurso del cual hacer lazo social, dicho de otro modo semblante. »

Prosigo mi proposición, como lo hice, ayer y anteayer, [...] de tal forma eso me llegaba al alma. [...] esta dichosa asociación, eso continuó trabajándose. Sin duda porque mido la temible eficacia del lazo social, de la cual la asociación es una molécula, yo que tuve la suerte, en esta satánica prueba, de recibir tantos testimonios de solidaridad, de muestras de simpatía, de manifestaciones de compasión (hubo un tiempo en el que yo más bien la desdeñaba, lo que no es ya el caso, incluso si pienso que ella debe estar subordinada a la constancia de la solidaridad).

He distinguido hacer grupo de hacer lazo y decía que el lazo social debe primar sobre el grupo, desde el punto de vista de la asociación. Hacer lazo es hacer de modo que se sostengan juntos y que obren en común hablaseres como vivientes, es decir como sujetos y como deseantes. Nada que ver con lo que yo llamaría lo social simplemente, con la masa natural o convencional, que reúne en masa (¡y pone a la masa!) de los zombis hipnotizados: yo exagero adrede para dar a coger el corte que introduce el lazo social en la social «a-lazo» si oso decir. Lo que hace lazo social toma apoyo sobre el saber hacer con el síntoma, sobre el sinthome entonces, en tanto que hacer se puede: y en la asociación que avizoramos, se trata de un síntoma especial puesto que es el analista como síntoma, el analista-síntoma, o el sinthome

del analista. Se trata de no forzar las cosas sino de volver a ponerlas en su sitio, de recordar que el analista es finalmente el colmo del proletario (en tanto que es residuo de la humanidad, desecho del goce), cercano evidentemente a lo que es de y en el lazo social, donde se ubica entonces a título de semblante, a guisa de agente, en nombre de la causa (y no como «carne de explotación»).

Vemos que, si al menos la asociación no demerita del psicoanálisis y al contrario «lo ilustra y lo defiende», hace pasar del grupo al lazo a partir del retorno del síntoma social al síntoma propiamente dicho, individual (todo individuo es un proletario, sin lazo social, pero ese paso de cada uno es el que lo hace salir de esta exclusión y entrar en el lazo), a partir del cambio del síntoma en *sinthome*. Ese es de otro lado, el apoyo del *sinthôme* (hasta la invención del *sinthome*) que es susceptible de sostener una fraternidad de buena ley, que sea no la fraternidad segregativa ordinaria mas una fraternidad de discurso: esta «fraternidad discreta» que pone en presencia al analizante y al analista, que liga los analistas entre ellos, como camaradas, pero también a los no-analistas, es decir más allá. Al respecto, creo en efecto que todo lo que cada uno de los miembros de la asociación hace ante los neófitos y los profanos, es decir ingenuos e ignorantes (hombre honestos o incluso

deshonestos), aunque sea una iniciativa individual, en *free lance*, para promover poco o mucho el psicoanálisis - trabajo en institución, supervisiones o análisis de las prácticas, conferencias, debates, emisiones -, todo eso hace parte de la asociación, y que eso ameritaría tener en cuenta más seriamente y sistemáticamente que como se lo hace, aunque y justamente porque son frecuentemente «prácticas confusas». A partir de allí, se puede comprender, me parece, lo que significa la fórmula «el psicoanálisis al mando de la política»: que de entrada concierne -incluso si lográramos extenderla mucho más allá- la asociación que pone al comando no la fuerza, bruta o tranquila, del poder, sino la autoridad del discurso en el lazo social.

Una autoridad basada al fin -abrevio algo que precisará desarrollos- sobre la primacía acordada al *sinthome*, del cual se puede decir entonces que es el átomo del lazo social. En fin ese paso, va y viene y progresa, del síntoma al *sinthome*, que es el hecho de la creación, de la cura y del pase, y que la asociación a la vez releva y asegura (pero sin garantizarlo), ese paso entonces, tiene repercusiones et consecuencias mucho más allá de la asociación misma, al menos en tanto que esta cumpla su función, satisfaga sus tareas. La asociación no es en absoluto ni secta ni sociedad secreta, ni escuela reservada a una élite, ni club de comprometidos o de

furibundos, ni *think tank* de especialistas y de expertos. Volveré a esto en la conclusión.

Para terminar justamente, ¿cómo definir la asociación psicoanalítica? ¿Como una comunidad de bienes, de idéales y de valores? ¿Como una comunidad de saber, de vérdad, de goce? Entre el servicio de los bienes, la obediencia a los idéales, el culto a los valores de una parte, y de otra parte una ética que pone el deseo a la vanguardia, hay que escoger. Pero erraríamos al creer que esa elección es más fácil en la asociación psicoanalítica que en otra parte: la historia del movimiento psicoanalítico demuestra ampliamente el carácter de malestar. Se puede decir entonces que ¿es simplemente una comunidad de saber, de verdad, de goce? Sería bonito ver al analista compartiendo la adulación corriente (por no decir la adoración ordinaria) de la ciencia, las pasiones convenidas por la verdad (aquellas que no consideran la fuerza de lo real), esa oscilación de la cultura moderna entre el hedonismo («goce sin trabas») y el moralismo (cuando no los reemplaza el higienismo).

Diremos entonces que ni más ni menos ¿es una comunidad de trabajo? Personalmente, nada me enerva tanto como el elogio actual del trabajo abusivo y fraudulento, al cual opondría gustoso el poco conocido elogio de la pereza (por ejemplo, el de Paul Lafargue, el genio de



Marx), manera de replantear las exhortaciones hipócritas del amo moderno al proletario: como otros tantos estímulos no al trabajo sino a la aceptación de la esclavitud del trabajador y su sumisión al poder. Hay una sola respuesta digna: ¡la huelga! Cuando hablamos de trabajo en psicoanálisis, se trata de aquel que hace el inconsciente, aquel que lleva al síntoma y al de la transferencia, que intenta virar hacia la transferencia de trabajo, es decir donde lo importante en el asunto no es sólo, e incluso es mucho menos, el desencadenamiento del trabajo (con el consecuente encadenamiento del trabajador) que la preocupación por la obra común, lo cual es muy diferente.

Vuelvo entonces a la cuestión del saber, sobre la cual habría mucho que decir: si hay allí algo propio de la comunidad analítica es muy otra: el reconocimiento de nuestra relación con la ciencia, aquel de su límite («la ciencia se define por no poder salir del esfuerzo por suturar al sujeto», «la ciencia no es sino fantasma»: Lacan), además una crítica severa y rigurosa de la ciencia (la ideología que ella induce), una cultura del «gay savoir», «un gusto alegre por el saber» (P. Bruno), del cual Lacan nos dio y mostró ejemplo. Podemos comprenderlo, puesto que al fin de cuentas se trata del saber del síntoma, no el saber sobre él sino su saber, pues en definitiva «es el síntoma que sabe» (P. Bruno) de todas formas antes que nosotros y

frecuentemente incluso para nosotros, es decir, ¡sin nosotros! En principio, todo esto no nos inclina al dogma y la comunidad de saber que toma su inicio en recursos de doctrina de la obra de Freud y de la enseñanza de Lacan debería entonces ser un lugar donde uno se divierte mucho, lo que jamás ha impedido ser serio y eficaz, lejos de eso. En cuanto a la comunidad de goce, que es o que sería la asociación psicoanalítica, es un poco paradójico: no se trataría de una homogenización -ni una clonación- de los goces, sino al contrario, más bien sería una colección de goces suplementarios. En fin, es en todo caso una sugerencia que hago.

Para finalizar, ¿hay una comunidad de verdad? Unas veces se pretende que no hay verdad sino universal y que no hay necesidad de comunidad para sostenerla, otras veces se afirma que no hay verdades sino parciales (verdad más acá de los Pirineos, error más allá) encarnándose en comunidades particulares. No desplaza de los filósofos y de los antropólogos de una parte, y de otra parte de los historiadores y de los sociólogos, no hay verdad sino por lo que (y porque) se la cree. Es posible que yo sea un tanto radical, tanto peor. Pues la cuestión aquí, es saber y decir lo que se cree, en qué y a quien se cree: ¿ancestro, dios, ídolo, ideal, jefe, patrón? Nadie escapa, no evita al menos pasar por ahí. Pero en el psicoanálisis, con la asociación, lo que al fin de cuentas

suscita la creencia, legítima al menos la credibilidad, es el síntoma, ningún otro, ni dios ni amo sino último recurso. El síntoma es el nudo del pañuelo; es el tiempo del sujeto como tal, que no existe sin pasar por el Otro hasta que se aprende prescindir de él y hasta buscar reencontrar al otro real; es el lugar y la fórmula de embrague del lazo social sobre lo asocial, del lazo humano sobre lo inhumano.

Pasar por el Otro, prescindir del Otro, pasar al otro (y con él), hacerse al otro, a lo desconocido: es lo que el síntoma permite a condición de apoyarse en él, de otorgarle confianza, de creer que existe y de creerle. Creer en él: es la única cosa que se podría tomar como promesa auténtica, porque es la única que se sostiene. Creerle: creer lo que él crea, lo que él sabe y que uno ama. Al menos, es lo que liga el sujeto al Otro y al otro: al Otro porque es lo que pone el inconsciente a trabajar, al otro porque es lo que hace y deshace los encuentros. Es también lo que alía lo asocial al lazo social, más aún la pulsión al deseo. Ciertamente es que los analistas se reclutan entre aquellos que creen en el inconsciente, pero se hacen de aquellos que creen en el síntoma, que crean el síntoma. No se trata sólo, no se trata ya, de creer en el Otro o de creer en sí (derecho y revés), ni de tener confianza en sí o de otorgar confianza al Otro.

Si podemos creer -no es decir, es de hacer-, es «de-sí-con-el otro»: hacer de modo que pueda contar conmigo (Marie-Jean Sauret), y es a partir de ahí, no es sino a partir de ahí que puedo saber dónde y cómo fiarme de él. No hay otra vía para la asociación sino la generosidad, el don, la gratitud, que no son asunto de buena voluntad y de buenas intenciones sino que dependen de un acto de fe: el consentimiento del deseo, la creencia en el síntoma, en el deseo como lo que quiere más que yo en el síntoma como lo que sabe más que yo. Entonces, si la asociación es una comunidad es en tanto pone en el corazón de su funcionamiento la relación de cada uno y con el síntoma (hasta el *sinthome*), luego al acto. La asociación psicoanalítica, vale repetirlo, considera no sólo a cada uno como sujeto sino también y sobre todo el síntoma de cada uno, cada sujeto y su nombre de síntoma. En las asociaciones dignas de ese nombre, se repite no sólo un estilo sino muchos estilos que traducen esta doble consideración. Finalmente, si la asociación es una comunidad, es en la medida en que antepone el interés y el cuidado de la relación de cada uno con el acto, ahí donde él es único pero no el único (¡y no sólo por la relación con el trabajo!). No diré nada más sobre ese punto.

Quisiera concluir con dos reflexiones, que valen lo que valen pero que no censuro. Desde Freud se plantea la cuestiona de la disolución

de la asociación. Él proponía (y no fue retenido) disolverla con intervalos regulares, para recomenzar de nuevo de modo fresco. Está muy lejos la idea de una asociación inamovible y única. Lacan conoció escisiones y excomunión incluso, y debió pronunciar la disolución de su escuela. Sabemos la coyuntura de esos acontecimientos: una degradación del psicoanálisis, una reprobación y una condena frente a lo cual proclamó el retorno a Freud (el sentido del retorno a Freud, es el retorno al sentido de Freud), una voluntad de finalizar con una escuela que hacía hacer gárgaras con la enseñanza lacaniana. Se sabe lo que continuó luego de la creación de la ECF (adoptada por Lacan), al mismo tiempo más tarde la puesta en lugar de una serie de grupos (la famosa «nebulosa» lacaniana) hasta los Foros y la Apjl. Pierre Bruno aclaró el énfasis según el cual no se había sin duda impulsado aún suficientemente lejos la «diseminación» de las asociaciones para asegurar el porvenir del psicoanálisis. Diseminación: es una palabra de orden que convendría a la asociación, cada una cesa de creerse eterna y de tomarse por la única, por no decir «la buena». Nada hace obstáculo a pensar una multiplicación de las asociaciones, una diversificación de la asociación (tendríamos todo por ganar al no creer ya en la existencia de La Asociación, como ciertos creen en la existencia de La Mujer). Entender y promover la diversidad de los estilos (lo

«diversal» antes que lo universal) serían una oportunidad de más, posiblemente la única razonable de ese día, para el psicoanálisis, que se fía demasiado en la «verdad » de los síntomas que en la verdad de un saber formateada. Pero evidentemente hará falta para eso renunciar al amor y a la protección de los jefes, como también de los socorros de la religión y del poder. Parece que muchos analistas no están listos y eso es un eufemismo!

Frecuentemente digo que es el psicoanálisis el que me enseñó que hay cosas que pueden ser más importantes que el psicoanálisis mismo (es una proposición de Michel Silvestre quien llamó mi atención sobre ello). No obstante, el psicoanálisis me interesa, me concierne y me importa, al punto de haber dejado caer muchas cosas por él. Pero, mantengo mi punto de vista. Lacan hace notar que durante la Segunda Guerra Mundial, los psicoanalistas no estuvieron de ninguna manera a la altura, presurosos de encontrar refugio (¡se lo podemos reprochar!), poco afanados por encontrar una respuesta a lo que estaba pasando. Freud (y algunos otros) hace un poco excepción, él quien se resistía a dejar Austria dónde se sabía en peligro. Eso me lleva a decir que la asociación no debería dejar a sus miembros sin pensar, en una situación (¡guerra, tiranía, totalitarismo, mundialización!) dónde son los enemigos del

género humano los que tienen lo alto de la calle, en el momento en que el psicoanálisis es considerado malo o bajo. Lacan plantea la cuestión de lo que del psicoanálisis tiene lugar, cuando él no existe aún, y de lo que de ello tendrá lugar cuando él ya no exista más.

Él responde que es el síntoma, con su efecto revolucionario. El síntoma en tanto que él no puede ser ni elimina ni impide, pues no hay forclusión del síntoma, sino lo que puede ser sin duda más o menos neutralizado u oculto. Aquí vemos la cosa «más importante». Estaría bien que la asociación se regule al respecto y no sobre la conservación de la asociación para ella-misma (espíritu de campanario), e incluso tampoco sobre la preservación del psicoanálisis por él mismo (que vire entonces hacia lo mejor, o al menos peor, a la religión, a lo peor al discurso pestilente puesto enteramente al servicio del discurso capitalista). Pues el psicoanálisis ha sido inventado en el momento mismo donde el mantenimiento de la relación de la sustancia humana estaba en peligro, para restablecerla y reforzarla. Pero, no puede hacerlo sino con la ayuda del síntoma, la invención de lo real de cada uno. Si no resta más que el síntoma, ¿cómo hacer para ponerse de ese lado y sostenerse allí? Es la cuestión que se plantea al psicoanalista y por él, es la cuestión misma de la especie humana y de su supervivencia. El síntoma es lo humano en

tanto «contiene» lo inhumano, siempre de la manera más singular. La asociación sería una república y una democracia de las singularidades: ¿por qué no? y ¿no es la mejor condición de subsistencia para una sociedad? La experiencia de los carteles, de los grupos sin jefe de Bion, de lo que iniciamos en la Apjl (no un trabajo sin amos, puesto que cada uno puede devenirlo de algún modo, a su turno, a su manera; sino un trabajo que moviliza cada uno sin la devoción por el amo). El destino hace por el contrario al síntoma -en nuestro mundo y en nuestra época- miserable, a punta de manejo empresarial y de mercadeo: el capitalismo reinante cierto no puede sin embargo frente al síntoma, y no obstante no cesa de invalidarlo o de intentar de constreñirlo, a falta de poder suprimirlo, a riesgo de matar el deseo en cada uno.

Desde Freud es el psicoanálisis -con la única excepción del arte y de la creación- (de hecho reservadas a privilegiados o a afortunados) el que da sus derechos al síntoma. La línea de conducta de la asociación debe ser el desarrollo del psicoanálisis como defensa y promoción del síntoma (que no es que su «materia primera» y su causa, pero también el lugar y la fórmula de la preservación de la especie humana, el lugar y el momento de la hominización y de la humanización, las cuales consisten en integrar -y no en rechazar o repudiar- al animal, al salvaje, al primitivo,



al bárbaro, al inhumano, luego, ¡al criminal! Quizás, estamos aún muy lejos, estamos a penas saliendo -si es que salimos- de la prehistoria, el síntoma no desplaza a los grandes enemigos del género humano como a sus conductores -«cazadores» estaría mejor dicho! -, el único verdadero civilizador). Un lazo social que haga justicia al síntoma no dejará banalizar al psicoanálisis sino asegurará su continuidad. ¿Sería pedir demasiado a la asociación que se sitúe en esta perspectiva en la que ella no haría ya del psicoanálisis su monopolio ni su dominio, sino donde haría escuela (fábrica, laboratorio y terreno de juego) para el discurso analítico, para su propagación que va contra toda dominación y así es del dominio sobre el síntoma? En ese sentido, el psicoanálisis y su asociación son fuertemente anticapitalistas (contra toda civilización de la explotación y de la opresión, ya sea la reducción del síntoma a la porción congruente), que ellos lo quieran o no, e incluso si lo ignoran (o pretenden lo contrario). La asociación psicoanalítica en ese sentido no puede coexistir pacíficamente con el discurso capitalista que a golpes de compromisos y al precio de su corrupción.

Como el psicoanálisis es después de sus inicios, una alternativa a la deshumanización capitalista, la asociación psicoanalítica es un obstáculo a la dominación y a la expansión del discurso capitalista. A condición es

verdad, de que ella lo sepa, no se reniega y lo asume. La resistencia al capitalismo destructor (la deshumanización, la generalización del campo de concentración [Giorgio Agamben]) es sin duda primero el deber de cualquier ciudadano de nuestras sociedades modernas. Pero es también la función particular, un caso de especie, de un grupo mismo restringido (la asociación) que dispone de una práctica inédita en la historia humana: una práctica delicada y discreta, por tanto única si no de salvar la humanidad (¡ella se salvará o se perderá ella misma!), en todo caso de preservar las oportunidades de una especie unida en su género, puesto que ella es bien la única susceptible de intercambiar la sumisión a sus determinaciones por la elección del síntoma y entonces por la invención de un destino, cada vez más libre y responsable (¡de la vida entre otros!). Está ahí la cita que tenemos con la historia humana, a comenzar por aquella de nuestro tiempo sino que les reúne, o les resume todos (al menos aquellos que nos preceden).

P.S.: Si debiera dar un título a esto, sería: «La asociación, a la letra».

ÍNDICE